



ANDREA
MANDONICO

**¡DIOS MÍO,
QUÉ BUENO
ERES!**

LA VIDA Y EL
MENSAJE DE

**SAN CARLOS
DE FOUCAULD**

San Carlos de Jesús



EN
CUEN
TRO

100XUNO

Andrea Mandonico

¡Dios mío, qué bueno eres!

La vida y el mensaje de san Carlos de Foucauld

Prólogo de monseñor Ennio Apeciti

Traducción de Fernando Montesinos Pons



Título en idioma original: *Mio Dio, come sei buono.*
La vita e il messaggio di Charles de Foucauld

Agradecemos la amable cesión para la reproducción de las imágenes del pliego y la cubierta: ©Piccole Sorelle di Gesù

© Libreria Editrice Vaticana, 2020

© Ediciones Encuentro S.A., 2021

Traducción de Fernando Montesinos Pons

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 83

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

ISBN EPUB: 978-84-1339-405-3

Depósito Legal: M-18406-2021

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

CRONOLOGÍA

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN

I. LA ÉPOCA HISTÓRICA DE CARLOS DE FOUCAULD

La Iglesia

II. PERFIL BIOGRÁFICO

Nacimiento

Adolescente

Soldado

Explorador

Conversión

Peregrino en Tierra Santa

Monje trapense

Nazaret

Sacerdote

Beni Abbes

Tamanrasset

Muerte

III. NAZARET

Las siete características de la vida de Nazaret

IV. EUCARISTÍA Y EVANGELIO

La Eucaristía

El Evangelio

V. VISITACIÓN

Beni Abbes
Tamanrasset

VI. «EL JUSTO VIVE DE LA FE»

VII. «AMOROSA CONTEMPLACIÓN Y APOSTOLADO
FECUNDO»

VIII

1. *Se convierte en servicio*

2. *Se vuelve buen ejemplo*

3. *Se vuelve amistad*

4. *Se vuelve intercesión*

IX. «PREDICAR EL EVANGELIO... CON LA VIDA»

X. «VOSOTROS TENÉIS UN SOLO PADRE QUE ESTÁ EN
LOS CIELOS»

XI. HERMANO UNIVERSAL

XII. «LA ESPERANZA DE MORIR POR SU NOMBRE»

XIII. «HE AQUÍ QUE LLEGA EL ESPOSO, ¡SALID A SU
ENCUENTRO!»

APÉNDICE I

Caminando con la Iglesia y con el papa Francisco tras las
huellas del beato Carlos de Foucauld, para abrir un nuevo
camino

APÉNDICE II

Escritos de Carlos de Foucauld

BIBLIOGRAFÍA

Obras y correspondencia de Carlos de Foucauld citadas
en el libro

*A la hermanita Jeanne de Jesús (†2019), que me
enseñó el largo y gozoso camino de la fidelidad a
la vida de Nazaret*

CRONOLOGÍA

15 de septiembre de 1858	Nace en Estrasburgo (Francia)
1864	Huérfano: 13 de marzo muere su madre; 9 de agosto muere su padre
30 de octubre de 1876	Entra en la Academia militar de Saint-Cyr
Marzo de 1882	Presenta su baja del ejército
10 de junio de 1883	Exploración de Marruecos
23 de mayo de 1884	
29/30 de octubre de 1886	Conversión
Noviembre de 1888	Peregrinación a Tierra Santa
Febrero de 1889	
16 de enero de 1890	Entra en la trapa de Notre Dame des Neiges de Francia
11 de julio de 1890	Entra en la trapa de Akbés de Turquía
23 de enero de 1897	Deja la trapa
10 de marzo de 1897	Eremita-doméstico de las clarisas en Nazaret
9 de junio de 1901	Recibe la ordenación sacerdotal
28 de octubre de 1901	Llega a Beni Abbes (Argelia)
11 de agosto de 1905	Llega a Tamanrasset
1 de diciembre de 1916	Muere en Tamanrasset
13 de noviembre de 2005	Beatificación
26 de mayo de 2020	El papa Francisco anuncia su inminente canonización

PRÓLOGO

«Asemejarse a ti, compartir tus obras, esta es la mayor alegría para el corazón que te ama. Asemejarse, imitar es una violenta necesidad del amor; es uno de los grados de la unión a la que aspira por su propia naturaleza el amor. La semejanza es la medida del amor».

Estas fueron las palabras del hermano Carlos que acudieron a mi mente cuando el padre Andrea Mandonico me dijo que Carlos de Foucauld iba a ser proclamado «santo».

O mejor aún —para ser precisos—, cuando me comunicó la próxima «canonización» del hermano Carlos.

«Canonizar» es el término preciso para indicar que alguien es proclamado «santo» por la Iglesia. Y esto tiene un significado profundo.

El *canon* es un *modelo*, algo que no se cambia y que se toma para repetirlo continuamente: acuden a mi mente los *cantos a canon*, esos en los que se repite una estrofa por diferentes coros y la misma estrofa del canto se sigue una tras otra, entonada por diferentes voces, hasta la conclusión, cuando las voces de los distintos coros se funden en un grandioso y solemne final.

Canonizar significa proponer a una persona como modelo de auténtico cristiano. Significa señalar a una persona, hombre o mujer, que ha encarnado en su vida plenamente el Evangelio y precisamente por eso puede ser propuesta como modelo convincente a los otros hermanos y

hermanas, a todos nosotros.

Por eso es el papa quien *canoniza*, porque señala a ese hermano o esa hermana como «modelo precioso» de cristiano, como modelo para imitar y lo hace con la autoridad que le viene de su ministerio de sucesor de Pedro y de guía de la Iglesia.

Carlos de Foucauld es, por consiguiente, un modelo auténtico de cristiano, un ejemplo también para mí, y para todo el que se plantee la pregunta: «¿Cómo tengo que hacer para llegar a ser santo? En la Biblia —estoy pensando en el capítulo 19 del Levítico— Dios llama a todos a ser santos. Pero ¿cómo llegar a serlo?».

En el fondo, todos tenemos necesidad de modelos: los necesita el artista para pintar un cuadro o esculpir una estatua. Los necesita el ingeniero o el científico que —ayudado hoy por los ordenadores— prepara un «modelo», un «proyecto», para verificar su posibilidad y confiar a sus colaboradores su realización. Los necesita el estudiante para aprender: se leen las poesías de los grandes poetas o las novelas de los grandes autores para aprender a escribir, para tener un modelo de escritura. Los necesita el niño para llegar a ser hombre: cada uno de nosotros tiene su «héroe», ese que de pequeño quería imitar. Uno se hace sacerdote o monja o misionero porque, normalmente, se ha encontrado con un «modelo», con un ejemplo, con un sacerdote o con una monja o con un misionero, que le ha impactado y que le ha provocado y ha hecho nacer en su corazón la pregunta: «Si él es así, ¿por qué no podría serlo yo también?».

Por ese motivo, cuando supe que el padre Carlos iba a ser *canonizado* volví a pensar en la frase que he escrito al comienzo: «Imitar es una violenta necesidad del amor. La

semejanza es la medida del amor».

Esto también vale para mí. También ha sido verdad en mi caso. No solo con respecto al Señor Jesús, al que el hermano Carlos quiso «imitar», al que quiso «asemejarse» con todas sus fuerzas y todo su deseo: «Cuando se ama, se imita, cuando se ama, se mira al Bienamado y se hace como hace él; cuando se ama, se encuentra tanta belleza en todos los actos del Bienamado, en todos sus gestos, en todos sus pasos, en todos sus modos de ser, que se imita, se sigue todo, nos configuramos en todo. Es algo instintivo, casi necesario».

El «Bienamado». Se trata de un término que en nuestros días casi nos da un poco de pudor pronunciar, mientras que para Carlos de Foucauld fue la exigencia de toda su vida, el deseo que persiguió con todas sus fuerzas y por el que estuvo dispuesto a todo y en el que lo encontró todo.

Por Jesús estuvo dispuesto a todo: dejó su vida acomodada, abandonó sus comodidades, sus mismas diversiones, sus mismos vicios, porque fue «conquistado» por Cristo. Dejó su patria, deambuló por Palestina y por el desierto de África, viviendo solo de lo esencial, porque lo había encontrado todo en Jesús.

Había buscado la alegría en su adolescencia, pero no la había encontrado. He releído a menudo esta reflexión suya: «Hacía el mal, ¡pero yo no lo aprobaba ni lo amaba!... Me hacías sentir un vacío doloroso, una tristeza que no he experimentado más que entonces...; esta volvía todas las noches cuando me encontraba en mi alojamiento... Me tenía mudo y abrumado durante lo que se llaman fiestas; las organizaba, pero cuando llegaba el momento las pasaba en un mutismo, una repugnancia y un fastidio inaudito... Tú me dabas esa vaga inquietud de una conciencia mala, que,

por dormida que estuviera, no había muerto del todo...».

Hasta que encontró a Jesús. Y todo cambió. Del fastidio resurgió el entusiasmo: «En cuanto descubrí que había un Dios, comprendí que no podía hacer otra cosa que vivir únicamente para él: Dios es tan grande, hay tal diferencia entre Dios y todo lo que no es él...».

Tal vez sea también, o precisamente sea por esto, por lo que amo a san Carlos de Foucauld: porque es alguien que nunca se dio por contento; alguien que nunca se resignó; alguien que siempre esperó.

El hermano Carlos no emprendió nunca procesos contra la sociedad, contra el mundo de su tiempo, que es tan semejante al nuestro, semejante al tiempo de todos los tiempos. El hermano Carlos prefirió otro modo de afrontar el presente; escogió otro programa de vida: «He aquí el programa: amor, amor, bondad, bondad. Mi apostolado debe ser el apostolado de la bondad. Al verme se debe decir: 'Puesto que este hombre es tan bueno, su religión debe ser buena'. Si se me pregunta por qué soy manso y bueno, debo decir: 'Porque soy el siervo de uno que es mucho más bueno que yo. Si supieras cómo es de bueno mi señor Jesús'». Y tenía razón.

Hoy es tan fácil mostrarse quejumbroso, pesimista, crítico. Parece que nunca vaya nada bien. Incluso entre nosotros, los cristianos, parece que el mal humor se encuentra más difundido que la «paz» y que la serenidad que Jesús nos prometió y vino a traernos.

Tal vez estemos aburridos y seamos gruñones porque hemos perdido —o ha disminuido— el entusiasmo, la convicción de poder conseguir transformar el mundo y a nosotros mismos; de embellecer la vida de los otros y la nuestra: «Toda nuestra existencia, todo nuestro ser debe

gritar el Evangelio sobre los techos. Toda nuestra persona debe respirar a Jesús. Todos los actos de nuestra vida deben gritar que le pertenecemos y deben ser una imagen de la vida evangélica. Todo nuestro ser debe ser una predicación viva, un reflejo de Jesús, un perfume de Jesús, algo que grita a Jesús, que haga ver a Jesús, que brille como una imagen de Jesús».

Él estaba convencido. Yo también quisiera estarlo siempre. Por eso amo a san Carlos de Foucauld.

Monseñor Ennio Apeciti¹.

INTRODUCCIÓN

Contar la historia de un santo significa también describir su tiempo, echar una mirada a la sociedad en la que vivió, acompañarle en su itinerario histórico, descubrir ahí la huella de su amor a Cristo y a los hermanos, intentando identificar no solo su meta sino también su corazón. Me parece que podemos encontrar el corazón del camino de santidad de Carlos de Foucauld —y, por consiguiente, la posibilidad de comprender toda su vida— en el momento decisivo de su conversión, que tuvo lugar a finales de octubre de 1886. En una carta dirigida a un amigo dice: «He perdido el corazón por este Jesús de Nazaret crucificado hace 1900 años y paso mi vida intentando imitarle en la medida en que puede mi debilidad». Una imitación que se concentra en el misterio de Nazaret. Dios le había llamado a imitar a Jesús en su vida oculta «abrazando la existencia humilde y oscura del divino obrero de Nazaret». De esta imitación pende todo lo que «despliega» la vida del hermano Carlos. Enamorado de Jesús, le conoce en la lectura cotidiana del Evangelio y plasma su ser en la celebración y en la adoración eucarística, para convertirse después en caridad/fraternidad para con todos los hermanos «sin distinción ni excepción», ya sean cristianos, judíos, musulmanes, ateos, buenos o malos. Es una evangelización que nace de la contemplación del misterio de la Encarnación y encuentra en el misterio de la Visitación la

modalidad propia del hermano Carlos, que escribe:

Toda nuestra vida, [...] debe ser una predicación del Evangelio por el ejemplo; toda nuestra existencia, todo nuestro ser, debe gritar el Evangelio sobre los tejados; toda nuestra persona debe respirar a Jesús, todos nuestros actos, toda nuestra vida deben gritar que nosotros somos de Jesús, deben presentar la imagen de la vida evangélica; todo nuestro ser debe ser una predicación viva, un reflejo de Jesús, un perfume de Jesús, algo que grita a Jesús, que hace ver a Jesús, que brilla como una imagen de Jesús...².

Uno de los motivos que me han impulsado a escribir esta breve biografía del santo Carlos de Foucauld ha sido la beatificación de los mártires de Argelia, acontecida el 8 de diciembre de 2018. Leyendo el bello libro publicado por la Libreria Editrice Vaticana, y publicado en español por Ediciones Encuentro, sobre la vida y el mensaje de los beatos mártires de Tibhirine³, he descubierto, una vez más, que la raíz de su espiritualidad y de su testimonio llevado hasta el martirio se encuentra precisamente en Carlos de Foucauld. Ellos vivieron, como él, en medio del pueblo argelino, acompañándolo y viviendo con ellos momentos difícilísimos, conscientes de que se les podría pedir que dieran su vida. Quisieron compartir el destino del pueblo argelino pasara lo que pasara, sirviéndolo con la oración y con la caridad, hasta la muerte. «Sus testimonios están, a buen seguro, misteriosamente ligados en el amor al pueblo argelino, a ochenta años de distancia»⁴. Y además existe entre ellos una afinidad espiritual sorprendente. Basta con pasar las páginas de este libro para descubrir que el hermano Célestin encontró en la Fraternidad sacerdotal Jesús Caritas un apoyo para su ministerio⁵; que el «hermano Bruno es el hombre de la vida oculta en Nazaret»⁶; que el hermano Christian de Chergè, prior de Tibhirine, no solo empezó su testamento —«obra maestra de la literatura religiosa contemporánea»— el 1 de

diciembre de 1993, aniversario de la muerte de Carlos de Foucauld, sino que, como él, amaba la «espiritualidad de Nazaret» y «estaba convencido de que para comprender a los musulmanes era preciso sumergirse con humildad entre ellos, salir del cara a cara para ponerse codo con codo, en la veneración del Dios único, con los medios de la amistad y de la oración»⁷.

Un segundo motivo fue la lectura de la exhortación del papa Francisco *Gaudete et exsultate*. Una invitación a la santidad como meta elevada y última de toda vida cristiana. Al trasluz se puede leer la vida y la santidad de Carlos de Foucauld y, efectivamente, son muchas las páginas en las que lo podemos encontrar. Ya en el n. 1, donde el papa Francisco afirma que «el Señor lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados. Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada», ya en este n. 1 —decíamos—, podemos encontrar toda la vida del hermano Carlos.

En el n. 14 del mismo texto parece hacer Francisco una síntesis de la vida de Nazaret cuando escribe: «Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada solo a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así. Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentra».

En el n. 16 nos invita el papa Francisco a estar atentos a los «pequeños gestos», mientras que en los nn. 143-146 hace lo mismo con los «muchos pequeños detalles cotidianos». Se hace difícil no pensar en el hermano Carlos

cuando decía en su vida en Tamanrasset:

Seamos infinitamente delicados en nuestra caridad; no nos limitemos a los grandes servicios, tengamos esa delicadeza que llega a los detalles y sabe con pequeñas cosas poner bálsamo en los corazones: [...] Con los que están cerca de nosotros, entremos incluso en pequeños detalles de salud, de consuelo, de oraciones, de necesidades; consolemos, aliviemos con las más minuciosas atenciones; para los que Dios pone cerca de nosotros, tengamos la ternura y delicadeza de las pequeñas atenciones que tendrían entre sí unos hermanos cariñosos, y la ternura de las madres con sus hijos, para consolar cuanto sea posible a los que nos rodean y ser para ellos un agente de consuelo y un bálsamo, como lo fue siempre Nuestro Señor para todos los que se le acercaron⁸.

Por otra parte, en el n. 17 nos dice que estemos atentos al Señor que «nos invita a nuevas conversiones». «Vivir solo para él» llevó a Carlos de Foucauld a vivir una «vida variada y atormentada, casi vagabunda» por las calles de Europa, de Oriente Medio y, por último, en el Sahara. Cuántas veces se vio obligado a elegir a Dios en los momentos cruciales y a ponerle de nuevo en el primer lugar, a través de continuas y nuevas conversiones que permitiera a la Gracia manifestarse mejor en su existencia y en la misión que Dios le había confiado para reproducir en su vida un aspecto del Evangelio (cf. n. 20).

Siempre según el papa Francisco, el camino de la santidad es el camino de las bienaventuranzas. Carlos de Foucauld fue capaz de manifestar en lo cotidiano de su vida esas bienaventuranzas en las que se trasparenta una vez más el rostro del Maestro (cf. n. 63). Escribe que «si alguno de nosotros se plantea la pregunta: ‘¿Cómo se hace para llegar a ser un buen cristiano?’, la respuesta es sencilla: es necesario hacer, cada uno a su modo, lo que dice Jesús en el sermón de las bienaventuranzas. En ellas se dibuja el rostro del Maestro».

El papa Francisco nos hace intuir que las

bienaventuranzas tienen su plena realización en Mateo 25: «Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme». «¿Cuándo, Señor?». «En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis». El hermano Carlos atestigua: «Me parece que no hay ninguna palabra del Evangelio que me haya producido una impresión más profunda y transformado más mi vida que esta: ‘Todo lo que hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis’. Si pensamos que estas palabras son las de la Verdad increada, las de la boca que ha dicho: ‘Esto es mi cuerpo... esta es mi sangre’, con qué fuerza hemos de sentirnos llevados a buscar y a amar a Jesús en estos pequeños, en estos pobres»⁹. A estos pequeños, a estos pobres los encontró en el Sahara, adonde quiso ir como sacerdote para ser, con Jesús y como Jesús, Salvador. Salvador no con grandes obras, sino con una vida cristiana heroica y con su humilde presencia, haciendo a todos con los que se encuentre todo el bien posible, como hizo Jesús en Nazaret, sin hacer ruido, sin hacerse ver, más bien «silenciosa, secreta, [...] pobre, laboriosa, humilde, suavemente, con bondad como él».

Se trata de una salvación que pasa a través de la intercesión y la súplica por estos hermanos «a los que les falta todo, porque les falta Jesús»; a través del apostolado de la bondad, la amistad cordial y fraterna, del ser mansos y humildes con todos y especialmente por medio de una vida entregada en un amor sin límites a cada hombre, sin exclusiones, sin fronteras, entreviendo en todos ellos el rostro del Padre, «porque en cada hermano, especialmente

en el más pequeño, frágil, indefenso y necesitado, está presente la imagen misma de Dios» (n. 61).

Un amor infinito que experimentó el hermano Carlos sobre todo durante los tres años que pasó en Nazaret, donde vivió, en el convento de las clarisas, «sepultado en la vida de Nazaret como se sepultó él mismo [Jesús] en ella durante 30 años»; donde buscó cada día ser pequeño y pobre como lo había sido Jesús, en las largas horas de adoración, en la prolongada lectura del Evangelio «para tener siempre ante su mente los actos, las palabras, los pensamientos de Jesús, a fin de pensar, hablar, actuar como Jesús, de seguir los ejemplos y las enseñanzas de Jesús», hasta quedar transformado en Evangelio viviente.

Y es precisamente entre estos hermanos más pobres donde el Señor nos llama a ser verdaderos discípulos de nuestro santo. La Iglesia debe proseguir hoy la misión de poner a los últimos en el centro de su vida, precisamente porque esto fue lo que eligió el Hijo de Dios cuando se encarnó: ser el último, el siervo de todos, poniéndose en el último lugar, reconociéndose entre los pobres y compartiendo su humilde vida. Y hacerlo no de mala gana, sino «estimando infinitamente [a estos] hermanos nuestros más pequeños, los más humildes, los más rústicos: honrándolos como los preferidos de Jesús».

Tampoco a nosotros, como nos ha enseñado Carlos de Foucauld, se nos ha pedido realizar grandes obras o usar grandes instrumentos, sino simplemente contemplar

sobre todo con amor, [...] sin descanso al Bienamado JESÚS durante su trabajo cotidiano, velando por la noche en adoración a la divina hostia y en oración, dando siempre a lo espiritual el primerísimo lugar, imitando a JESÚS en Nazaret en su inmenso amor a Dios. Haciendo fluir, brillar este gran amor a DIOS y a JESÚS sobre todos los hombres «por los que Cristo murió», «rescatados a un elevado precio», «amándoles como él les amó»¹⁰.

Un tercer motivo fue que la fascinación que nuestro santo sigue ejerciendo todavía hoy en la Iglesia y fuera de ella reside, en mi opinión, en haber vuelto a proponer un retorno puro al Evangelio. El hermano Carlos no nos ha entregado una nueva espiritualidad, sino que nos ha hecho descubrir hoy, como san Francisco en su tiempo, que ser cristiano significa pertenecer a Jesucristo y vivir su Evangelio. El esfuerzo que realizó para traducir el Evangelio al *tamashek* y hablar su lengua no constituye una originalidad propia del hermano Carlos: todos los misioneros lo han hecho y lo siguen haciendo. Lo que constituye su característica es precisamente esta adhesión al Evangelio, y a través del Evangelio, en mantener la mirada fija en Jesús, el «Modelo único», «el Hermano y Señor Bienamado», el «verdadero Santo». Él, Jesús, es el centro de nuestra vida. Escribe:

Miremos a los santos, pero no nos detengamos en la admiración. Contemplemos en ellos a Aquel cuya contemplación ha llenado sus vidas. Aprovechemos sus ejemplos, pero sin detenernos mucho tiempo ni tomar como modelo perfecto a este o a aquel santo. Tomando de cada uno lo que nos parece más conforme a las palabras y a los ejemplos de nuestro Señor Jesús, nuestro único y verdadero modelo. De este modo sus lecciones nos servirán, no para imitarlos a ellos, sino para imitar mejor a Jesús¹¹.

Cuando Jesús deja a los suyos, a los que ha formado con su enseñanza y su testimonio, no les deja los Evangelios. Él era el Evangelio; los apóstoles —y, con ellos, todos los discípulos— llegan a ser a su vez en Pentecostés, según la gracia recibida, Evangelios vivientes. El Evangelio no es, para Carlos de Foucauld, en primer lugar, un documento escrito, sino una «buena noticia» para gritar con la propia vida en las relaciones cotidianas y en todas las ocasiones. El tesoro que ha recibido y que desea compartir con todos es un testimonio, un «fuego» para encender siguiendo a

Jesús. Y lo hará con un celo ejemplar que incluye también el martirio.

Una última observación antes de cerrar esta breve introducción. No he tenido la intención de desarrollar en este libro lecciones sobre el hermano Carlos; más bien he intentado tocar y reflexionar sobre los puntos sobresalientes de su espiritualidad y de su pastoral, una pastoral que nace de aquella y en ella tiene su fuente, dejando, hasta donde sea posible, hablar a los textos.

Esta estrecha relación entre espiritualidad y pastoral la expresa el hermano Carlos así:

Desde el primer momento en que se ama, se imita y se contempla. La imitación y la contemplación son necesaria y naturalmente parte del amor, porque el amor tiende a la unión, a la transformación del ser que ama en el ser amado; y la imitación es la unión, la unificación de un ser con otro por medio de la semejanza; la contemplación es la unión con otro por medio del conocimiento y la visión... Imitemos, pues, a Jesús por amor, obrando en toda circunstancia por amor a Jesús...¹².

Solo un enamorado puede utilizar este lenguaje místico al que hoy ya no estamos habituados, pero que debemos acoger simplemente si deseamos comprender el alma profunda, no solo de Carlos de Foucauld, sino de todos los santos. Cada vez estoy más convencido de ello: el inmenso deseo de evangelización del hermano Carlos brota de una verdadera santidad de vida.

Desearía terminar con otra imagen del papa Francisco, que, en el Ángelus del 1 de noviembre de 2017, se dirigía así a los fieles reunidos en la Plaza de San Pedro:

Los santos no son figuritas perfectas, sino personas atravesadas por Dios. Podemos compararlas con las vidrieras de las iglesias, que dejan entrar la luz en diversas tonalidades de color. Los santos son nuestros hermanos y hermanas que han recibido la luz de Dios en su corazón y la han transmitido al mundo, cada uno según su propia «tonalidad». Pero todos han sido transparentes, han luchado por quitar las manchas y las oscuridades del

pecado, para hacer pasar la luz afectuosa de Dios. Este es el objetivo de la vida: hacer pasar la luz de Dios y también el objetivo de nuestra vida.

El 17 de enero de 1917, monseñor Bonnet, obispo de Viviers y, por consiguiente, obispo del hermano Carlos, que se había incardinado en su diócesis, escribe a la hermana de Carlos para darle el pésame:

En mi larga vida he conocido pocas almas más amantes, más delicadas, más generosas y más ardientes que la suya y raramente me he aproximado a otras más santas. Dios había penetrado tanto en él que todo su ser rebosaba de efusiones de luz y de caridad¹³.